La vida avanza en espiral

Conversaciones sobre ética con mi nieto

Norbert Bilbeny

Ariel

Norbert Bilbeny

LA VIDA AVANZA EN ESPIRAL

Conversaciones sobre ética con mi nieto

Ariel

1.ª edición: febrero de 2016

© 2016, Norbert Bilbeny

Derechos exclusivos de edición en español para todo el mundo
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-2315-2
Depósito legal: B. 298-2016

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

Zapatones en el cajón 9
Muerte por precipitación 71
La canción del trovador 133

Llegó el día de tener que abandonar mi consultorio. Casi medio siglo dedicado a la neurología. Y más de treinta años en aquel hospital que ya era mi casa. Era el día de mi jubilación. Triste día. Nunca más volvería a ver un solo paciente. Mi cuerpo, envejecido, marcaba mi destino. No lo decidía mi voluntad.

Porque yo habría continuado trabajando veinte años más. Como aquel colega que conocí en Chicago, quien a sus noventa y dos años, jorobado y arrastrando los pies, iba todavía a diario a su consulta.

—¿Cuándo te vas a jubilar? —le pregunté, desviando mis ojos hacia su bata recién planchada.

—¿Y tú? —respondió algo molesto.

—Verás, cuando mi cabeza ya no funcione... —dije. Soltó una risa sarcástica, retorciendo su huesudo dedo índice en la sien como si yo estuviera loco.

—Yo me retiraré —dijo, serio— cuando mi aparato sexual ya no funcione. —Y estalló en una carcajada.

Dicen que jubilarse viene de *júbilo,* pero yo sentía lo contrario. Una enorme tristeza. Dicen también que estar jubilado no es en realidad estar retirado. Pero eso, ¿quién se lo cree? Por mi parte: adiós epilepsias, esclerosis, parkinsons, cefaleas, meningitis, vértigos, insomnios, demencias, alzheimers, distrofias, tumores,

amnesias, agnosias, apraxias, afasias, impotencias, comas, tartamudeos, mutismos, niños hiperactivos. Adultos que aún sienten dolor en aquel brazo o en aquella pierna que se les amputó hace tiempo. O jóvenes que perdieron la vista, o ensordecieron, por un trauma, el estrés, la depresión. Muchas veces calmé; a veces curé. Pero, siempre, escuché.

Adiós a todo esto. Mi agenda, mi archivo, mi despacho. Y, lo más triste: adiós a la gente. Porque, aún sin proponérmelo, no he tenido que tratar enfermedades, sino enfermos. Un compañero pesimista dice que sólo somos un trozo de carne con una pequeña carga de electricidad que se agota. Pero yo sólo veo ojos. O mejor: miradas. Y una fragilidad infinita tras ellas. El tiempo huye, todos acabaremos igual. Ser felices es lo mínimo que podemos esperar. En cambio, la mayoría de mis colegas lo primero que tratan de descartar cuando examinan a sus visitas es precisamente eso: la parte humana de la enfermedad.

Ser neurólogo es un trabajo delicado. Hay que seleccionar entre cuerpo y alma, fibra y sentimiento. Y yo, durante mucho tiempo, hice también más caso al cuerpo que a aquello que lo hace vivir y vibrar. Seguir el rígido protocolo clínico le ganó la partida a escuchar al paciente y a seguir lo que me parecía más evidente. Quizás me equivoqué. Pude ser un médico impersonal.

Pero, con los años, me he acostumbrado, al revés, a descartar antes que nada las causas físicas de cualquier caso que se me presente. El alma, la persona, están casi siempre detrás de una enfermedad. Aunque he tardado en reconocerlo. No hay enfermedades, pero

tampoco enfermos: en cada caso hay una persona. El alma es un tema médico. Cuando alguien, de pronto, ya no sabe caminar, o de la noche a la mañana pierde el reflejo de tragar, hay detrás de ello una historia, una biografía, una mente. Para curarle, debemos atrapar esta historia o la enfermedad se nos escapa.

Sin embargo, ahora que ya lo sé, debo abandonar mi oficio. Por eso no me dolía que ya no tuviera que tratar ninguna enfermedad más. Ni siquiera no poder volver a curar. Otros lo harían. Me dolía, en especial, el hecho de ya no poder estar en contacto con los pacientes. Aunque ese día de mi jubilación no sentía que los abandonaba, sino que ellos me abandonaban a mí. Incluso con sus historias personales, a veces aburridas, a veces increíbles, truculentas. La verdad es que estas ya no me afectaban, excepto en casos de niños y adolescentes. Pero ese día empecé a sentirme huérfano de todos ellos.

Docenas de cajas de cartón aguardaban en el suelo de mi consultorio para ser llenadas con todas mis pertenencias. El consultorio olía a puro cartón, como desmintiendo que alguna vez se hubiera ejercido allí mi profesión, siempre con olor a hospital. Hasta esas cajas desparramadas, como símbolo de dispersión, quizás de algo que se disuelve, parecían querer acabar de una vez con mi largo pasado en aquella amplia sala. Mientras, un tímido sol de marzo entraba por el ventanal y se veían los chopos inclinarse por el fuerte viento. ¿Por qué marcharse en primavera, cuando todo es tiempo de comienzo?

Antes de sacar los libros y los documentos de su lugar tenía que apañármelas con los múltiples objetos que se alineaban en los estantes. Todo un ejército de

cachivaches que mi mujer no podía soportar ver en casa. Decía que le producían «picor en la nariz». Me refiero a fotografías familiares, con y sin marco, abarquilladas; postales y figurillas traídas por los pacientes; retratos de personajes; incensarios y velas; bolas de cristal; unas grandes tijeras con las que mi padre ejerció su oficio de sastre; mis mangos y plumillas del tiempo de la escuela; un tintero de porcelana del siglo XVIII; unas lentes que pertenecieron a Santiago Ramón y Cajal; una «patografía de la Schizofrenia Levis II», acuarela a color, dedicada por mi maestro Ramón Sarró («A mi aventajado alumno Mario»); cajitas con abalorios diversos de antiguos romances; unos gastados azulejos, robados de un monasterio; un cactus de fina madera de la Baja California; una calabaza de mate con su pipeta; hojas secas de árboles de Berkeley; ramitas de secuoya de Muir Woods; una piña del Golden Gate Park, otra del bosque de Concord; una bellota del claustro de Harvard; y piedras, muchas piedras pequeñas, cada una con una breve etiqueta pegada, como el más sólido recuerdo de los lugares del mundo que me gustó visitar.

—Sólo le falta tener una cabecita disecada o un cerebrito en formol... —dijo mi última enfermera al ver todo eso por primera vez. A ella también le debió producir picor en la nariz.

—Pero no se olvide —le contesté— de que me entierren al menos con todas mis piedras.

— ¡Doctor! —exclamó.

—Se lo digo en serio... —añadí—. Ah, y en una caja de pino blanco.

Abrumado, decidí empezar el desalojo por la mesa del despacho. Fue fácil echar a la papelera casi todo lo que contenía. Dejé incluso tarjetas y recetarios con mi nombre y cargo: «Médico Jefe de la Sección de Neurología y Psiquiatría». Pero el cargo nunca me importó, pensé. Soy ambicioso, pero no orgulloso, y tengo motivos para ambas cosas. Para qué acarrear ahora recuerdos de lo que ya no me importa.

Vaciada la mesa, quedaba aún el último cajón de abajo. A veces ocurre eso: lo próximo es lo desconocido. En las casas donde he vivido había siempre una habitación o un cuartucho que no me atreví a pisar. Un compañero del hospital me dijo que eso es miedo a mi propio inconsciente. También ese cajón del fondo no recordaba haberlo abierto nunca, pero al hacerlo ahora descubrí con sorpresa unos viejos zapatos, enormes, y con restos de barro seco. Ni siquiera osé tocarlos. «Esto no es mío...», me dije. ¿Cómo fueron a parar ahí? Me senté e hice memoria. Sólo pudo ser mi colega de Berlín, cuando hace años hicimos un breve intercambio. Pero nadie tenía que saber, pensé, que yo guardaba una cochambre igual. De modo que decidí vencer mis reparos y saqué aquellos zapatos de ahí con mis propias manos. Cómo pesaban, y qué pies tan grandes, el alemán. Para colmo, no cabían en la repleta papelera. ¿Dónde meterlos?

En esas, llamaron a la puerta y respondí, rápido: «¡Adelante!». Asomó la cabeza de un joven de cabello oscuro y ondulado y unos avispados ojos negros. La visita me encontraba, apurado, con aquellos zapatones en la mano.

—Hola, ¿puedo pasar? —preguntó el muchacho

con decisión. Y conforme avanzaba hacia mí, con su blanca camisa, reconocí aquel rostro. Había hablado con él otras veces, pero no sabía dónde ni cuándo. Dudaba entre un paciente, un alumno, o quizás un nuevo becario de prácticas en el hospital.

—Ahora mismo... —dudé, sin soltar los viejos zapatos.

—¡Tío Mario! —dijo él enseguida—, ¿no te acuerdas? Soy Eduardo, el hijo de Xavier y Daniela.

—Pues claro que me acuerdo —improvisé, mintiendo.

—Me dijiste por teléfono que pasara a verte sin avisar —aclaró, modoso—. Pero si ahora mismo molesto, me voy y vuelvo otro día...

Rápidamente caí en la cuenta de que era, en efecto, el nieto de mi prima Laura, e hijo de mi sobrino segundo Xavier.

Lo abracé y le pedí disculpas. Los años no pasan en balde y mi madurez, o mi vejez ya, no había cambiado tanto como su juventud. Apoyé los zapatos sobre una silla y le precisé que en realidad yo no era su tío, sino su abuelo segundo. «Me quieres hacer más joven», le dije. Pero él, a sus veinte años, no entendió el comentario. A los de su edad les parece que ningún viejo fue joven y que ningún joven será viejo.

Dándose cuenta de lo inesperado de su presencia, se ofreció a ayudarme.

—¿Estás de reformas? —preguntó.

—No. Es que hoy me jubilo —respondí—. Pero hagamos un pacto —añadí—. Tú me ayudas con todas esas cajas y yo te invito a comer luego.

—De acuerdo, tío —contestó él.

—No: *abuelo* —le corregí—. Pero déjalo, que eso de abuelo me suena muy raro.

Eduardo es hijo único de una pareja que se rompió cuando él sólo contaba seis años de edad. Ambos padres, apenas sin estudios y malviviendo de empleos ocasionales, tuvieron muy pronto problemas con la droga. Y su padre, Xavier, además bebía como un cosaco. Un episodio de violencia, al sorprender el hombre a su mujer con una amante, hizo que de inmediato la tutela del niño recayera en sus abuelos maternos. Prácticamente lo crió su abuela, es decir, mi prima Laura. El chico salió adelante gracias a ella, una mujer entregada y cariñosa.

Durante un tiempo, coincidiendo con su adolescencia, perdí la pista de Eduardo, aunque sabía que el muchacho era muy aplicado. Y también que tenía algunos altibajos emocionales. La infancia marca, pero raras veces «a fuego». Nada está definitivamente escrito. Cuando niño, raro era el día en que él, mi sobrino nieto, supiese donde dormiría aquella noche: si en casa de su padre o en la de la madre o en la de alguno de sus abuelos. Un niño, pues, sin cabecera. Y eso influye.

No obstante, aquel día de la visita sorpresa a mi consultorio pude ver a un joven vivaracho, aunque flaco y de aspecto frágil. De rostro sonrosado, Eduardo lleva gafas de metal dorado sobre una nariz casi aguileña. Deambula algo encorvado, pero sus gestos son firmes y desenvueltos. Y aunque tartamudea un poco, su habla es consistente, con un fraseo y un vocabulario algo precoz para su edad. Componía, pues, una rara mezcla de aplomo y debilidad no exenta de atractivo.

Adiviné, incluso, que administraba su tartamudeo con cierta coquetería. Todo un tipo, pensé. Un tímido aparente; un falso *leptosomático*, como decíamos en la carrera. Esos tipos no se resquebrajan nunca. Ceden, pero no claudican. Amagan, bajo su timidez, sus ganas de decirlo todo, de hacerlo todo. Y en cuanto tienen ocasión, muestran todo su vigor.

—Ya estoy en Medicina —me espetó con ojos brillantes. Le felicité. Y nos pusimos a la tarea.

Calculé que el desalojo de mi despacho nos ocuparía todo el día. Pedí por teléfono más cajas, pues además de los objetos varios aguardaban unos dos mil libros o más por embalar. La llegada del muchacho me vino como agua de mayo.

—¿Contabas empaquetar todo esto tú solo? —me preguntó, echando una mirada alrededor del consultorio, que en realidad agrupaba dos salas y un anexo con la camilla y los aparatos de diagnóstico clínico.

Podía haber pedido ayuda a la nueva enfermera, pero no me pareció bien, más aún si yo ya me podía valer solo. Y, por otra parte, el gerente, nuestro famoso amigo Hilario, ya me había advertido que no contara con ningún celador del hospital para que me ayudase en lo que, según él, yo me había «estado buscando» a lo largo de los años, «acumulando tantos libros y cosas raras» en el despacho. En varias ocasiones me recordó que se trataba de un consultorio médico, que no era mi despacho particular ni mi hogar.

—Perdona, ¿quién es este famoso amigo Hilario, tío? —quiso saber el chico.

—Un zopenco que amonesta, ya ves, a un médico especialista por tener libros de su especialidad —no pude menos que responder—. Hilario es el gerente de esta casa. Pero en realidad es quien gobierna y lo decide todo.

—¿Tanto manda ese señor? —inquirió.

— Pues, sí —contesté—. Lo último que ha dicho es que me las apañe yo solo. Y hasta que pague de mi bolsillo el desalojo. Hay tipos miserables, y él es uno. Tiene una sola virtud: es inteligente. Y un solo mérito: es el yerno del propietario del hospital. Las dos cosas, más su ambición, dan como resultado que sea la persona más adulada pero la menos querida de esta casa donde estamos. Ya sabes, esos tipos son autoritarios con los de abajo y sumisos con los de arriba; vete aprendiéndolo.

—Pero ¿a ti te ha hecho mucho daño este señor Hilario? —continuó Eduardo, algo inquieto.

Pronto vi que el muchacho se encontraba cómodo conmigo y se permitía esas preguntas directas.

—Ese energúmeno —respondí— quiso echarme tan pronto como ocupó la gerencia, a la vuelta de su viaje de novios. Yo no le caí bien desde el principio. Alguien me dijo que temía que yo fuese algún día el director del centro y que acabara mandando sobre él. También llegué a pensar que el hecho de tener yo el doctorado, publicaciones, y dar clases en la universidad, no encajaba con su idea de médico de un hospital privado. Porque, no te olvides: esto funciona ni más ni menos como una empresa. No rindes o no gustas: *¡fuera!* Pero lo único que creo es que no le agrada como soy, que no me dejo intimidar y que digo muchas veces lo que pienso. Eso le descompone.

—Entonces, ¿cómo has llegado hasta aquí? —inquirió el nieto de mi prima—. Yo hasta pensaba que tú eras uno de los que dirigen el hospital —espetó, inocente.

—Una razón —contesté— es que en cambio no le caigo mal al propietario de todo esto. Es decir, a su suegro. Con él, nos entendemos. Hilario es sólo el yerno, aunque ejerce de tal con orgullo. Se siente *el yerno*. En una reunión se le escapó decir que aunque él era don Hilario y el yerno del director, no le avergonzaba bajar la bolsa de la basura de su casa cada noche. La otra razón es que tengo bastantes pacientes y que a la mayoría no les ha ido mal conmigo. Pero elige tú mismo cuál de las dos razones va primero. Yo no lo sé. En las enfermedades de parkinson parece que tuve algún éxito. Quizás por haber tenido yo un abuelo, al que quería mucho, con esta misma enfermedad. Llegué a conocer al detalle y a familiarizarme con todos sus gestos y necesidades. En los veranos, cada mediodía le tomaba de la mano y le acompañaba, con sus pequeños pasos, hacia un pinar cercano. Allí le desplegaba una silla y mi abuelo leía el periódico con una ramita de tomillo en la boca. *Ponme el tomillo en los labios*, me decía cada vez, muy bajito. Y los labios le temblaban. Como las manos, claro... Últimamente me iba bien con las demencias seniles. Sabes, ¿no?

Eduardo asintió con la cabeza.

—Al prolongarse el promedio de edad de las personas mayores empecé a tener un alud de gente con estos problemas —continué explicándole—. Para el hospital, representaban pacientes que pagan. Digamos que clientes. ¿Y a qué negocio de la salud no le interesa

esto? Pues ahí tienes la respuesta: si Hilario no me ha echado, es porque a la propiedad le intereso. Si fuera por él... Cuando propuse al equipo sanitario una especie de código de buenas prácticas, él me llamó, alarmado, aquella misma noche, amenazándome. No hagas política en el hospital, me dijo. Me lo temía. Es tan bruto que, para reducir gastos, además de pagar salarios muy bajos, nos obliga a limitar la duración de las visitas, incluso las de los pacientes con más recursos. Una epilepsia, cuarenta minutos. Un alzheimer, treinta. Cefalea, veinte. Es un majadero. Pero él no tiene empacho en cambiar cada dos por tres de coche y de presumir de sus casas en el campo. ¡Ah! —quise acabar con mi perorata—, y si ves a uno, ahí fuera, con un traje impecable y una piruleta en la boca, ese es nuestro amigo Hilario.

—Claro, es una contradicción —apostilló Eduardo—. Pide ahorrar y él derrocha.

—Pero, para mí, esto no es lo peor —añadí.—. Te dije antes que era un tipo miserable. Pero no por avaro, sino por abyecto...

—¿Abyecto? —interrogó el chico—. ¿Qué significa esta palabra?

—Sí, quiero decir por ruin. Ha despedido a gente inventándose motivos. Y entre el personal, siempre procura enfrentar a unos con otros para salirse con la suya. La última jugada es que ese código de buenas prácticas que te decía, y que conseguimos acabar a pesar de sus amenazas, lo ha vendido a otro hospital como si fuera una obra suya. Además, yo espero que algún día lo metan en prisión por triplicar los costes de quirófano y de los servicios de diagnóstico. O por comprar

en el extranjero aparatos de precisión usados a bajo precio y pedirle al gobierno de aquí que se los subvencione como si fueran nuevos. Un mal tipo, y qué suerte que ya no le veré más.

—Uf, abuelo —suspiró.

—No, dime *tío* —le corregí otra vez.

—No sabía que hubiera gente así, como ese hombre —comentó tras un silencio—. ¿Crees que él representa lo peor que se puede ser? —me preguntó con una mueca de candidez.

Otra vez me sorprendió su modo de preguntar directo, y como esperando algo esencial y quizás provocativo para él, a pesar de su timidez y su permanente rubor en las mejillas. Conozco a estos tímidos. Le respondí:

—Hombre, no exageremos.

—¿Los hay peores? —insistió.

—Me temo que sí. No sé si existen muchas clases de personas buenas, pero de personas malas, por decirlo claro, sí. Porque todos somos al menos un poco malos, ¿no? —Eduardo arrugó los labios, dudoso—. Sí, hasta los más buenos tienen gotitas de egoísmo, o de simple mezquindad.

—¿Tú crees? Porque no era así mi abuela Laura, o sea, tu prima, que me cuidó hasta el último minuto... —refirió serio.

—No la incluyo a ella —maticé—. Era inocente, cómo te diría, de natural. Pero algunos se creen buenos sólo porque critican a los malos. Otros están convencidos de que, en efecto, son buenos. Se equivocan: pensar eso ya no les hace tan buenos. ¡Qué sabrán! Y hay hasta quienes presumen de serlo. Pero ahí derrapan.

Demuestran que no son ni buenos ni listos. Qué tontos... Mira —le dije sin dejar de meter libros en las cajas—, conocí en esta misma consulta a un hombre con bastante dinero. En su entorno se ve que siempre había uno u otro que decía estar tan agradecido con él y que era un hombre tan bueno. Oí decir que facilitaba empleos, ayudaba a pagar los estudios y pasaba dinero a las viudas de sus amigos. Pero el hombre llevaba al dedillo la cuenta de todos estos favores. Me decía, muy ufano y satisfecho de sí mismo: a ese le pagué la escuela de su hijo; ese otro, si no fuera por mí, no estaría ahora donde está; y aquel otro no pasó hambre porque yo le daba también dinero... He ayudado a tantos, doctor, me decía ese pobre rico.

—Desde luego, muy listo no era —dijo Eduardo—. Yo, al final acabaría aborreciendo a quien me hiciera favores así.

—Evidente.

—Entonces, ¿no podemos estar nunca contentos de ser buenos, aunque sea un poquito? No como este señor que me cuentas. Mi abuela me decía al acostarme que tenía que ser bueno. Y siempre he querido serlo. Pero si no podemos estar contentos ni de eso... —se lamentaba.

—¿Contentos, dices? Eso no, pero al menos estar conformes, en nuestro interior, con nosotros mismos, eso sí te diría. Tranquilidad de conciencia, que no es poca cosa, me imagino. —El chico mostraba tanta atención que decidí continuar, casi por deferencia hacia él—. Pero si ser bueno es algo que te agrada, y aunque sea en la intimidad, te dices, caramba, qué bueno soy, te arriesgas a querer hacer el bien sólo para satisfacerte.

Y eso ya no es bueno. También corres el peligro de llegar a alegrarte por un error, ¡porque nunca puedes estar seguro de haber hecho lo correcto sólo porque era lo correcto! Uno no se conoce tanto a sí mismo, y menos aún a los demás. Puedes querer ayudar a alguien, pero en realidad porque quieres otra cosa y desconoces este motivo o lo disfrazas con otra cosa. Es muy difícil, por lo tanto, saber si en el fondo somos tan buenos. Incluso cuando estás más seguro de haber hecho algo bueno, viene otro y dice que lo que has hecho es malo y hasta te acusa de eso que tú dabas tan seguro por bueno. ¿No te ha pasado nunca?

—Sí —me dijo él, convencido—, en la facultad soy el único que presta los apuntes, y encima hay quien se queja de que no los tengo ordenados según él lo haría. Hasta una chica, que me tiene manía porque no quise salir con ella, ha hecho correr la voz de que cobro por los apuntes. Y es mentira. —Parecía enfadado.

—Entonces, ya ves, Eduardo: no es de muy listos estar seguros de que hacemos lo correcto. Puede que en tu elección no hayas acertado. Para empezar, has de saber si eso es, razonablemente, lo correcto. Luego, ten en cuenta que con la buena intención no basta: quizás no sea tan buena como te parece. Y, naturalmente, tienes que pensar en las consecuencias de lo que vas a hacer. Cuáles serían; hasta qué punto son previsibles, y si van a ser aceptables o no por los demás e incluso por ti mismo. En definitiva, has de estar seguro de que puedes aceptar que lo que vayas a hacer te lo hiciera otro a ti. Que todos, en fin, pudiésemos hacer lo mismo en la misma situación.

El chico se quedó mirándome con una leve mueca de extrañeza. Le desapareció el color rosáceo de las mejillas.

—Vamos a ver —continué yo—: Tres psiquiatras estaban a la orilla del mar y vieron a un hombre que se ahogaba. Se preguntaron qué hacer. El primero, sin dudarlo, se lanzó al agua y casi muere en el intento por no saber apenas nadar. El segundo calculó mejor: tomó un bote cercano y se puso a remar. Pero la víctima no conseguía subirse a él y se hundía otra vez. El tercero, resolutivo, pidió a un marinero que contemplaba fríamente la escena que recogiera al bañista con su lancha a motor y que le pagaría por ello. Y esta vez sí hubo suerte. Pregunta: ¿quién es el héroe de esta historia? Uno tuvo la mejor intención. Otro fue prudente. El tercero, pragmático. Los tres hicieron bien, aunque el resultado fuera distinto. Para hacer lo correcto habría que hacer como esos tres. Fijarse en la actitud, por una parte. Pero también en el valor en sí de la acción. Y en el tipo de consecuencias que esta acarrearía. Aunque casi siempre sólo tenemos en cuenta una de las tres cosas, pocas veces dos, y rara vez las tres. Depende. Hay quien es más voluntarioso que inteligente, y al revés. O quien se queda en medio, el prudente. Pero todos tenemos un poco de las tres cosas.

—Y un poco de maldad también, ¿no? Hasta cuando somos buenos. Tú mismo lo has dicho antes —apostilló el muchacho—. Pero me decías que hay muchas más clases de personas malas que buenas, ¿verdad? —continuó, interesado.

Entonces temí que si la conversación continuaba por estos derroteros no terminaríamos el desalojo del

consultorio ni en una semana. Me dije: ¿qué está sucediendo hoy? Vine a recoger mis bártulos, no a un debate como este y con mi pobre sobrino nieto.

—Seguramente —respondí para acabar—. Parece que conocemos primero lo que es malo, y que aprendemos antes las mil maneras de ser malo, empezando por el aparentar ser bueno. Eso, digo, antes de conocer lo que es bueno y también las formas que pueda haber de ser bueno.

—Pero has dicho que estas son pocas —recalcó.

—Pocas —respondí— o sólo una, si quieres: que tu forma de hacer sea buena, aquella que puedas compartir con otros sin problema. O, dicho de otra forma, que puedas traspasarla sin vergüenza a tus hijos, a los que vengan detrás de ti. Hasta a los sinvergüenzas les da reparo traspasar, al contrario, el mal, su mala voluntad... En la vida, muchacho —no pude menos que pensar en voz alta—, parece que todo, lo bueno y lo malo, es *traspasar*. Pasar genes, pasar palabras, pasar la fe, incluso creencias y costumbres. Pasar las manías, pasar la estupidez. Y, ya sabes, si una neurona no traspasa a la otra, ya no hay remedio: sinapsis fuera. Santiago Ramón y Cajal, que es como nuestro santo patrón —le señalé un retrato suyo que colgaba aún de la pared—, dijo que la conexión sináptica es el último refugio de la personalidad. Y vaya si no tenía razón. Tú trata de conectar siempre bien: lee, camina, duerme mucho, mejor no fumar y no bebas licores. Que cada gota de alcohol se lleva muchas neuronas por delante.

Y al decir esto al chico se le abrieron los ojos. Le pregunté si bebía y me contestó que apenas. Uno o dos

whiskies por semana. Tenía presente que su padre fue alcohólico.

—Entonces —continué en broma—, si vas a un país extranjero, no sólo te aprendas aquellos cuatro verbos que son los imprescindibles...

—¿Cuáles son esos? —preguntó, curioso.

—Tienes que saber conjugar bien *entrar* y *salir, llenar* y *vaciar*... Pero aprende también a usar el verbo *traspasar*. En la vida se traspasa siempre una cosa u otra, y hasta a morir lo llamamos traspasar. Como para darle a la muerte un respiro, algo más de vida.

—Vaya —se limitó a decir, un poco perplejo—. Pero ¿sabes, tío?, no me gusta pensar en la muerte. En la facultad a principios del curso que viene ya habrá que examinar a un cadáver. Me marea un poco sólo pensarlo. Dicen que cada uno tiene que llevarse a casa una pieza del muerto para estudiarla. Y también saber pelar un dedo, pero eso no puede ser verdad. ¡A ver si tendré que dejar la carrera! —temió, de veras, mi pariente, a juzgar por su cara de preocupación...

Pero ¿estaba escrito en alguna parte que el día de mi jubilación, de mi *traspaso*, tenía que recibir esa visita sorpresa del muchacho, y acabar hablando con él de semejantes cosas?

—Consuélate —le dije—, al propio Ramón y Cajal, su padre, don Justo, lo llevaba al cementerio las noches de luna llena para desenterrar huesos de la fosa común y estudiarlos luego en su casa, tal como tú temes.

—Ya, pero a mí lo que me asusta es el cadáver de uno que esté recién muerto. Una chica de segundo curso asistió a una autopsia. Al cadáver sólo se le veía el pecho, el resto estaba cubierto. Se lo abrieron, y hasta

aquí, nada. Pero cuando la sábana dejó ver la mano de una mujer joven, con la manicura roja y reciente, la estudiante cayó en redondo, desmayada. Yo haría igual —me dijo, estremecido.

—Pero seguro que al día siguiente la chica volvió a la facultad, ¿verdad?

—Se ve que sí —respondió.

—Será una buena médica —auguré—. Tiene sensibilidad. Y tú también.

—Aún no me has hablado de las clases, según tú, de gente mala —me pidió.

—Es que no tengo mucho empeño en ello —respondí.—. Ya te he dicho que todos tenemos algo de miserables. Unos más, otros menos. Pero es que entre la gente mala también hay detalles buenos. No voy a condenarla de buenas a primeras.

—Pero habrá algunos sin estas delicadezas, ¿verdad? —se interesó el muchacho.

—Ya lo creo. Una vez tuve un pequeño paciente epiléptico. Tendría unos siete años y le gustaba mucho dibujar historietas. Un día me trajo una curiosa ilustración: una mano empuñando un afilado puñal del que caían varias gotas de sangre. Debajo, en una especie de banderola al aire, y en mayúsculas, había escrito el pobrecillo: «¡CUIDADO CON EL CRIMEN!». Me hizo gracia enseguida y le felicité por la ocurrencia. Pero luego pensé: la criatura tiene razón. Lo primero que habría que evitar es que te maten.

Dejando a un lado los libros y con las manos en los bolsillos, Eduardo soltó una carcajada que me pareció que no venía a cuento.

—Pues a mí me pareció algo tan serio —le hice

notar— que colgué este aviso del niño de manera bien visible, justo ahí detrás de donde me siento. Y aquí estuvo durante un par de años, hasta que don Hilario me pidió por favor que lo quitara. No pude evitar preguntarle por qué, y me dijo que, hombre, a ver qué iban a pensar los pacientes cuando leyeran eso tan intimidatorio. Pensarían que en el hospital se mata a la gente. Estuve a punto de preguntarle, con sarcasmo, si es que algún pez gordo de nuestros pacientes podía darse por aludido, o quizás él mismo... Pero no se terciaba.

No sé si Eduardo captó eso, porque sólo me preguntó, con perlitas de sudor en la frente por el calor de la sala:

—¿Qué significa terciar? —pero prosiguió—: Entonces el crimen es para ti lo peor, ya veo —comentó algo distraído, buscando con la vista otra caja por llenar—. ¿Qué estante he de vaciar ahora, tío?

—¿Lo ves? —pregunté a la vez—. Has dicho *vaciar*... Son los verbos importantes que decíamos: *vaciar*, *llenar*... Lo que estamos haciendo ahora.

—Claro, y *entrar,* y *salir*... —añadió él, simpático. Le pregunté si eso era con ironía, por lo de mi traspaso—. Pero dime ya, tío —volviendo a su seriedad—. ¿Qué es lo peor, según tú, que puede cometer un hombre?

Dejé pasar unos segundos. Menuda mañana. Le miré:

—Sinceramente, ser cruel —contesté.

—¿Ser cruel? —dijo, frunciendo el ceño.

—Sí. Para mí, la crueldad es lo peor del ser humano —afirmé—. Los tipos crueles no sólo no evitan el mal, sino que lo buscan, y además lo buscan por el mal mismo.

—O peor —añadió rápido el muchacho—, incluso pueden pensar que con esto hacen un bien.

—Pueden, sí. Pero están tan lejos del bien que dudo que piensen algo así. Ya que la vida es mortal, y es corta, y es tan frágil, que encima haya quien disfrute perjudicándote, eso me parece de lo más aborrecible. No hay perdón posible para esos.

—¿No perdonarías nunca un acto de crueldad, entonces? —preguntó.

—Nunca —repuse—. Si Dios puede, que lo haga. Yo, no.

—Estoy de acuerdo. Los asesinos y los dictadores no tienen perdón —dijo reflexivo.

—Pero la crueldad —añadí— no sólo es la de ellos. El mundo está regido hoy por la ley de la jungla, la razón del más fuerte, aunque esos poderosos no empuñen ningún puñal. Pero firman al día miles de sentencias indirectas de muerte, con sus fríos negocios, sus maquinaciones de poder, su delirio de ser como dioses. Aunque dioses mediocres, porque a mayores no llegan.

El chico asintió con la cabeza y preguntó:

—¿Y qué otra cosa crees que es lo más detestable?

—Después de la crueldad —le respondí—, las otras quedan a mucha distancia, porque todas son males humanos. La crueldad, no; es lo único que me parece inhumano. Pero, sí: hay otras cosas condenables, creo yo...

—No me digas la siguiente —dijo él, volviendo a tomar libros— porque ya me la imagino, tratándose de ti. —Y me confesó—: La estupidez.

—No está mal pensado, pero hay otra peor para mí.